

La literatura como práctica de sí. Subjetividad y lenguaje en Michel Foucault

Literature as a practice of the self. Subjectivity and language in Michel Foucault

Claudia Roxana Zorrilla

Universidad Nacional de Cuyo, Argentina

clozorrilla@gmail.com

Resumen

El motivo de la literatura abandonado por Foucault en los años 70 puede encontrar nuevas posibilidades y resurgir transformado desde una mirada ética que continúa centrándose en el lenguaje. Lenguaje y sujeto no son dos tópicos vertebrales en la reflexión de Foucault, sino un único entramado en el que literatura, desaparición del sujeto y ética se encuentran vinculando diferentes trayectos de un mismo recorrido. El hombre occidental largamente cuestionado en los trabajos foucaultianos aparece junto a otras subjetividades que lo interpelan y hacen pensar en los límites y posibilidades del sujeto. En este sentido, proponemos la literatura como una práctica de subjetivación en la que el lenguaje libera de los límites impuestos, la literatura como práctica ética.

Palabras clave: ética, moral, existencia, escritura, discursos, cuidado-de-sí.

Abstract

The motif of literature abandoned by Foucault in the 70s can find new possibilities and resurface transformed from an ethical perspective that continues focusing on the language. Language and subject are not two vertebral topics in Foucault's reflection, but a single framework in which literature, disappearance of the subject and ethics are linking different paths of the same journey. Western man largely questioned in Foucault's works appears together with other subjectivities that challenge him and



Received: 16/08/2022. Final version: 25/05/2023

eISSN 0719-4242 – © 2023 Instituto de Filosofía, Universidad de Valparaíso

This article is distributed under the terms of the

Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0 Internacional License



CC BY-NC-ND

make us think about the limits and possibilities of the subject. In this sense, we propose literature as a practice of subjectivation in which language frees from imposed limits, literature as an ethical practice.

Keywords: ethics, moral, existence, writing, speeches, care-of-self.

1. Introducción

La individualidad biológica¹ es uno de los tópicos más discutidos en la filosofía de la biología

No es una novedad que ya en los textos en que Foucault se ocupa de la literatura no aparezca sólo un análisis de las posibilidades del lenguaje, sino que el interés principal sea realizar un cuestionamiento al sujeto, y que sea posible conectar tales reflexiones no sólo con el recorrido foucaultiano en tanto indagación de los discursos, sino especialmente, con las prácticas de existencia en las que el decir y la escritura cobran una particular relevancia. Esta línea de lectura busca enriquecer los planteos que Foucault puede realizar en cada uno de sus trabajos con problemáticas y perspectivas abordados en otros no explícitamente vinculados.

Sabemos que Foucault no puede ser leído desde una unidad que desarrolla linealmente un único sentido, pero creemos que tampoco debe ser abordado desde la interpretación fijada por Dreyfus y Rabinow (2001) donde una etapa de su pensamiento sucede a otra pretendiendo superar abandonos o errores. Si bien es el mismo Foucault quien ha señalado reiteradas veces al final de su recorrido intelectual que transitó tres etapas de trabajo marcadas por investigar: 1- los modos en que los sujetos se dan estatus científico; 2- cómo se establecen prácticas divisorias entre los individuos; y 3- cómo el ser humano se convierte a sí mismo en sujeto (Foucault 2001a, 1.041), señala al mismo tiempo que estos momentos pertenecientes cada uno más o menos a 3 décadas de trabajo, no dejan de constituir una unidad pues cada etapa responde, en realidad, a ejes inseparables de trabajo.

La literatura fue abordada por Foucault en su primera década de producción original para mostrar en ella una alternativa a los modos en que desde el lenguaje se piensa al hombre científicamente, es decir para salir de una esencia única que lo limita. La literatura como tal, ya no es tematizada por Foucault desde la década de 1970, pero los discursos en general sí permanecen como objeto de trabajo a partir de los que es posible pensar nuestra subjetividad. En los cursos, conferencias y libros de 1980 esta problemática se aborda desde la constitución ética del sujeto donde también los discursos ocupan un lugar esencial y por lo que creemos que aquello que la literatura permitía abrir, reaparece transmutado en las nuevas experiencias que aquí se tematizan desde textos antiguos grecorromanos como “prácticas de existencia”. Nuestro objetivo pues, no es analizar exhaustivamente los análisis

¹ A lo largo del presente texto, utilizaré indistintamente las expresiones *individuo/individuo biológico* e *individualidad/individualidad biológica*.



foucaultianos sobre la literatura (de ahí algunas generalizaciones o ausencias que el lector pueda encontrar si se centra exclusivamente en la literatura como tema), sino rescatar de ellos lo necesario para pensarlos como práctica de existencia, como práctica ética, a la luz de los últimos escritos del autor.

Si bien algunos autores han señalado la posible relación a que apostamos, creemos que es importante ahondar en estas relaciones para encontrar nuevas líneas de lectura que enriquezcan perspectivas de subjetivación. En la “Introducción” a *De lenguaje y literatura* Ángel Gabilondo aborda la literatura como experiencia: “las propias palabras que, liberadas, nos sorprenden *diciéndonos*, hasta el extremo de decirnos no sólo *a* nosotros, ni de decir sólo *de* nosotros, sino de que somos nosotros lo que resulta ‘lo dicho’” (Foucault 1996, 47). Si bien Gabilondo es fiel a los textos de Foucault a que se refiere en esa oportunidad (textos de la década de 1960), se centra en enfatizar la correspondencia del pensar con el lenguaje, es decir en el abordaje del lenguaje del pensamiento donde el pensar encuentra la salida del ser. Creemos que estos análisis se pueden complementar exponiendo cómo desde esta experiencia de la literatura no sólo es el discurso quien transgrede el lenguaje, sino que puede hacerlo en la medida en que hay formas de subjetividad transgresoras en las que los mismos discursos son prácticas de subjetivación. Gilles Deleuze tiene quizás una mirada más integral de la problemática de la subjetividad pues señala que después del eje del saber y del poder, Foucault aborda la subjetivación como “conquista de la serenidad” o “afirmación de la vida” (Deleuze 1987, 127) y, al hacerlo, utiliza elementos presentes en los textos que abordaban la literatura en el eje del saber. Estos elementos son la noción de *pliegue* o *doblez* que Deleuze vincula con las prácticas griegas de la relación consigo mismo. Al referirse a la tarea de Foucault como cuestionamiento del sujeto tanto en los textos en que la literatura y los enunciados son el objeto de estudio, como en los más recientes donde la subjetividad se aborda desde las prácticas de soberanía sobre sí, puede ligar ambos momentos diciendo: “Foucault había definido el sujeto como derivada del enunciado, ahora lo hace como derivada del afuera aún bajo la condición del pliegue.” (Deleuze 1987, 139). Desde una perspectiva diferente y realizando otro recorrido, también Judith Revel señala el vínculo entre el trabajo sobre los escritos literarios foucaultianos de los años 60 y la experimentación de modos de vida tal como aparece en las reflexiones de los años 80 conducidas por antiguos textos griegos: “Aquí habría que tomar los textos ‘literarios’ de Foucault en que nos demorábamos al comienzo de este trabajo, y mostrar de qué manera, en su insistencia sobre la noción de transgresión y resistencia, ellos anticipaban magníficamente el curso de 1984” (Revel 2014, 226-227). Desarrollar los vínculos que estos autores mencionan entre *pliegue*, *doblez*, *afuera*, *transgresión*, como recursos del pensar foucaultiano de los años 60 con las prácticas de subjetivación abordadas dos décadas después, es lo que nos proponemos en este escrito, pues tal como Bily López afirma, creemos que no hay un cambio de rumbo, sino de énfasis entre los textos foucaultianos en torno al lenguaje y la literatura, y al estudio de las prácticas discursivas que resisten a dispositivos de dominio. En ambos tipos de texto, y a lo largo de toda la trayectoria foucaultiana, se refleja una ocupación ética (López 2020, 61).



2. La muerte del hombre en la experiencia del lenguaje

La desaparición del hombre que auspicia el controvertido final de *Las palabras y las cosas*² llega hasta nosotros con una gran parte de la producción foucaultiana publicada permitiéndonos seguir pensando las consecuencias de tal conclusión que antes que llevar a un creciente desasosiego, nos acerca a posibles liberaciones del sujeto de la mano de productivas prácticas ascéticas que aparecen en los análisis de los años 80 cuando Foucault piensa las formas de un sujeto autónomo a partir de lo que le ofrecen algunos textos antiguos. Creemos que estas posibilidades de autonomía aparecen tanto en la esencia de la literatura tematizada en los años 60, como en las prácticas de existencia propias de una vida ética objeto de sus últimos trabajos. Cuando en *¿Qué es un autor?* toma prestadas las palabras de Beckett “Qué importa quién habla, alguien ha dicho qué importa quién habla” y agrega: “En esta indiferencia creo que hay que reconocer uno de los principios éticos fundamentales de la escritura contemporánea” (Foucault 2001b, 820), seguramente Foucault está distante de sus últimos análisis éticos, pero tiene ya presente la importancia de los discursos y, especialmente de la literatura, como prácticas que pueden formar un sujeto no unitario, un sujeto que transgrede toda esencia dada para experimentar, en cambio, su propia singularidad.

En *Las palabras y las cosas* se cuestiona la antropología desde un análisis del lenguaje que ve la reaparición de su ser vivo en la literatura del siglo XIX, abriendo nuevas formas de subjetividad. La crítica de Foucault que afirma que la figura del hombre empieza a esbozarse en el comienzo de la modernidad especialmente cuando Kant propone separar lo empírico de lo trascendental, señala al mismo tiempo, las consecuencias en el lenguaje:

Pues el umbral de nuestra modernidad no está situado en el momento en que se ha querido aplicar al estudio del hombre los métodos objetivos, sino más bien en el día en que se constituyó un doblete empírico-trascendental al que se llamó el hombre. (Foucault 1966, 330)

El hombre aparece, en lo que respecta al saber, como ese ser finito sobre el que se dan la vida, el trabajo y el lenguaje, pero que procura recoger el saber de esos ámbitos en su propia representación de ser finito que vive, que habla y trabaja. El ser y la representación se desacoplan así, en la clave del saber antropológico moderno que se funda en un hombre convertido a la vez en sujeto y objeto del conocimiento. Es como si el pensamiento kantiano conllevara un doble principio de inteligibilidad a la vez crítico y antropológico que le da al saber moderno una inestabilidad reflejada en las ciencias humanas (Sabot 2007, 75). De esta manera, ser y lenguaje se escinden en el proyecto kantiano que busca determinar los límites de la representación indagando por las condiciones *a priori* independientes de la experiencia y universalmente válidas, “el pasaje ontológico que el verbo ser aseguraba

² *Las palabras y las cosas* concluye anunciando la próxima desaparición del hombre, afirmación que causó variadas críticas e interpretaciones erróneas que no advirtieron que se trataba del final del hombre entendido como sujeto de conocimiento surgido en nuestra cultura desde la modernidad.

entre hablar y pensar se ha roto; el lenguaje, de golpe, adquiere un ser propio” (Foucault 1966, 308). En esta reflexión se inaugura el pensamiento antropológico, pero a la vez, al cuestionar la adecuación entre ser y pensar, se introduce una ruptura en el pensamiento trascendental, esto es, en la capacidad de que el verbo nombre el ser. En el ser del lenguaje, hablar ya no es la forma de pensar enunciando el ser de las cosas tal como sucedía en la época clásica, por lo que la misma idea de hombre empieza a deshacerse apareciendo formas de subjetividad en las que el hombre abandona o, al menos ya no es claramente, condición de sujeto y objeto a la vez.

La literatura junto con la lingüística, el psicoanálisis y la etnología tienen en *Las palabras y las cosas*, un rol fundamental en esta nueva configuración del pensar, configuración que porta nuevas subjetividades ya no ajustadas a una esencia única de hombre propia de la antropología que dejaba sin espacio para la producción individual de una mismidad liberada (Foucault 1966, 393). La literatura es una forma negativa de expresar el ser del lenguaje porque se trata de un no discurso. La literatura, puede pensarse como una de esas formas desde las que en nuestra época el sujeto logra experimentar la liberación de su existencia. La incompatibilidad entre el ser del hombre y el ser del lenguaje que define el desarrollo de la cultura occidental aparece en *Las palabras y las cosas* como conclusión de lo que Foucault había desarrollado ya en otras reflexiones sobre el lenguaje y especialmente, sobre la literatura. Foucault señala que a fines del siglo XVIII aparece la expectativa de un lenguaje que llega a ser literatura, es un lenguaje no acabado.

Desde Dante, desde Homero, había existido en el mundo occidental una forma de lenguaje que nosotros llamamos “literatura”. Pero la palabra es de fecha reciente, como es también reciente en nuestra cultura el aislamiento de un lenguaje singular cuya modalidad propia es ser “literario”. A comienzos del siglo XIX, en la época en que el lenguaje se hundía en su espesor de objeto y se dejaba, de lado a lado, atravesar por un saber, él se reconstituyó, además, bajo una forma independiente, de difícil acceso, replegada sobre el enigma de su nacimiento y referida por completo al acto puro de escribir. (Foucault 1966, 313)

En el lenguaje así entendido, el hombre no llega a develar un ser interior, una identidad, sino que es liberado al poder disperso de la escritura y del habla que lo ponen a distancia de sí mismo. Foucault señala que es con Sade que se pone en crisis la transparencia del lenguaje a partir de fuerzas no representativas como el deseo, la sexualidad, la violencia, la muerte. La literatura lleva al afuera en que desaparece el sujeto que habla, el ser del lenguaje aparece en la desaparición del sujeto, en el pensamiento de ese murmullo infinito, vacío, invisible en que el lenguaje libera de la conciencia de las palabras erosionando la representación de una interioridad: muerte del hombre.

La literatura enuncia el ser negativo del lenguaje, es un discurso que sólo tiene por contenido expresar su propia forma, quien usa la literatura se borra a sí mismo del lenguaje hasta el punto que sólo aparece como ejecutor del texto. Allí el discurso se compone sólo de sí mismo,



el lenguaje se convierte en su propio sujeto y la realidad de que trata ya no es exterior al libro. En *El pensamiento del afuera*, Foucault se refiere a la desnudez del lenguaje, del yo hablo. El lenguaje deja ver que en la constitución del sujeto actúan diversas formas de poder, de pensamiento y de experiencias, pero que éstas pueden ser modificadas operando sobre las reglas que forman a los discursos y que están presentes en las prácticas humanas en tanto objetivación de realidades y subjetivación.

El ser del lenguaje no aparece por sí mismo más que en la desaparición del sujeto. ¿Cómo acceder a esta extraña relación? Puede ser por una forma de pensamiento en la que la cultura occidental ha esbozado una posibilidad todavía incierta. (Foucault 2001c, 549)

La subjetividad occidental está acompañada de otras subjetividades, nuestro yo está preñado de nuevas formas que pueden surgir si se acude a espacios de apertura no universales, donde el poder y los sujetos se escapan, huyen, se transforman. En estas fugas se generan a la vez, lenguajes, significaciones, objetos y prácticas. La literatura recobra el ser del lenguaje que no es ni la verdad ni el tiempo, ni la eternidad ni el hombre, sino la forma siempre deshecha del afuera. El lenguaje no se fija en una positividad inmóvil, nunca fija la verdad, es puro afuera, no tiene fin.

3. La transgresión del lenguaje de la locura como liberación del sujeto

Al referirse a la disolución del hombre que sostiene la antropología, Foucault se sitúa en el lenguaje que permanecerá abordado de diferentes maneras a lo largo de su recorrido intelectual. Esta reflexión aparece ligada en los años 60 a la de la locura como problemática que cuestiona la esencia humana desde la oposición entre lo normal y anormal. En esta época, Foucault señala que la vuelta del lenguaje sobre sí muestra la riqueza de su propia insuficiencia. El lenguaje se pliega y retorna en la historia, pero más aún, la historia aparece como lenguaje, ella puede recuperarse en *Historia de la locura* su propio vacío, su anormalidad, su locura, su enfermedad. En *La locura, la ausencia de obra*, Foucault afirma que:

Es el tiempo de percibir que el lenguaje de la literatura no se define por lo que dice, ni por las estructuras que lo hacen significativo. Sino que él tiene un ser, y es sobre este ser sobre el que hay que interrogarlo. (Foucault 2001d, 447)

La vecindad entre locura y literatura reside en que ninguna puede designar su origen, ellas narran la forma vacía de donde viene su obra, el lugar ausente. La historia de la locura manifiesta la locura del lenguaje y éste es delirante en sí mismo, es tanto aquello a partir de lo que se habla como aquello a lo que se dirige la obra. El lenguaje puede ser pensado desde la locura, o ésta como un modo de aquel: el de la transgresión en su propia afirmación. Esto no significa, aclara Foucault (Foucault 2015, 69) que todo lenguaje de locura tenga significado literario ni que la literatura tenga a la locura como objeto, sino que una y otra juegan con los signos y se burlan de ellos, ambos, uno a través del otro, son un elemento para eliminar, transformar

el pensamiento. Nuestra época, la de la literatura, la de la muerte de Dios, puede hablar sin remitir al sentido, puede ocuparse del lenguaje en su propio uso. La locura es también la verdad de la ausencia, la posibilidad de hablar y de estar loco aparecen como insistente libertad.

Todo hombre que habla se sirve, al menos en secreto, de la absoluta libertad de estar loco; y, a la inversa, todo hombre que está loco y que parece, por eso mismo, haber llegado a ser completamente ajeno a la lengua de los hombres, pues bien, creo que ese hombre también está preso en el universo cerrado del lenguaje. (Foucault 2015, 54)

La experiencia del lenguaje es la de una libertad que ya no existe más que en las palabras. Foucault encuentra en la experiencia de la literatura contemporánea, una forma más de hacer central el retorno del ser del lenguaje, un ser que es ausencia constitutiva en la que uno ni posee ni se posee. Como en el simulacro que analiza a partir de Klossowski (Foucault 2001e, 357), no se simula nada, se presenta la imposibilidad de toda presentación y se simula una que ya no se es, por el contrario, se es en otro lugar, siempre a distancia, fuera de sí. En el retorno del lenguaje, retorna lo no dialéctico, alejado de técnicas y procedimientos, es una experiencia en la que el mismo lenguaje se autorrebasa.

En el discurso así entendido podemos comenzar a ver cómo para el interés de Foucault se trata de transformarse a sí mismo. Hay un claro involucramiento en el propio saber de modo que el único conocimiento, en definitiva, es el de las experiencias llevadas a historia de la verdad. La cercanía del lenguaje hace que estas experiencias no se conviertan en objetos de conocimiento, sino que continúen inasibles, dando experiencias de ausencia, es decir, como habla que no se detiene. El esfuerzo está abocado a superar un lenguaje dialéctico, pero sin discutir con él, llevando el pensar hacia una experiencia diferente que en un juego transgrede la diferencia y lo mismo. Creemos que este gesto mismo constituye una transformación del sujeto y que no se trata de dos pasos separados tal como encontramos en algunos trabajos críticos que suponen que la escritura tiene una doble función, una necesaria para la otra, donde primero se debe realizar la desintegración del sujeto que se llevaría a cabo en los análisis foucaultianos sobre la literatura, la locura y la muerte, para luego recomponer una subjetividad en la que sea posible reapropiarse de sí tal como surge de los textos grecorromanos que tematizan la escritura (Aguilar Salinas 2013, 221). De acuerdo a esta mirada, Foucault comenzaría a ocuparse de una subjetividad no dialéctica recién en los años 80 y toda su trayectoria anterior apenas lograría desintegrar al sujeto cuyo resultado sería la ausencia de subjetividad. Por otra parte, si entendemos a la literatura como mera experiencia de transgresión, como irrealidad de un lenguaje entendido como ajeno a nuestra experiencia, ella no puede ser guía de experiencia de transformación, la literatura queda por afuera del pensamiento (Jordana Lluch 2013, 205).

Interpretaciones como las de Marina Aguilar Salinas y Ester Jordana Lluch no logran comprender que la experiencia de transgresión de la literatura no es una disolución sino transformación en sí misma. Para Foucault, el lenguaje de la literatura es el de un pensamiento no dialéctico, o el pensamiento de un lenguaje no empírico, un lenguaje del pensamiento que es,

por eso, el límite del ser del lenguaje. La experiencia del lenguaje se transmuta y se rebasa en sí misma, pues es en lo que no puede ser dicho donde ahora debe pensarse, por eso el sujeto deja de ser búsqueda y remisión para perderse en el lenguaje, es el lenguaje el que habla.

4. El orden de la literatura

Después de *Las palabras y las cosas* el motivo de la literatura pierde relevancia en Foucault, el centro de su trabajo seguirá siendo el lenguaje, pero no abordado desde la indagación por su ser, sino desde el análisis de lo que denomina “enunciados”, “discursos”, “formaciones discursivas” o “prácticas discursivas”.

En esta nueva perspectiva Foucault continúa con su interés de poner en cuestión la idea de sujeto mostrando que aún en los discursos más estructurados y ordenados no hay una clara mismidad. En *La arqueología del saber* los enunciados aparecen como el dominio de análisis donde son un acontecimiento en tanto dispersión y singularidad que no remite a una instancia fundadora, sino a sus correlaciones, exclusiones, etc. La unidad del enunciado pertenece a la posibilidad de asignar la posición del sujeto que puede mantenerse idéntica, o bien variar y modificarse de enunciado en enunciado. El sujeto no es ni el origen de una frase, ni la intención de un significado, es un lugar vacío que diferentes individuos pueden ocupar y que puede variar en el recorrido de un texto (Foucault 1969, 125).

Si bien en *La arqueología del saber* Foucault se ocupa de los enunciados, ya están presentes los discursos como objeto de estudio que agrupan conjuntos de enunciados provenientes de un mismo sistema de formación. A lo largo de su trabajo mantendrá, en general su objeto de estudio en estas formaciones desde las que se puede examinar las prácticas sociales que originan relaciones estratégicas entre los individuos. Foucault ve en los discursos el lugar desde el que el sujeto puede liberarse y no sólo a partir del habla, sino que, desde el mismo análisis histórico de los discursos pueden surgir otros nuevos y con ellos, nuevas subjetividades. El discurso no está definido tanto por su verdad y su sentido como por su historia, su propia historia. Los discursos son prácticas y, como tal, son la ley de lo que puede ser dicho.

En esta misma dirección puede interpretarse lo abordado en *El orden del discurso* de 1970, lección que, si bien es considerada como apertura de una nueva etapa, también es prolongación de *La arqueología del saber* ya que reaparecen algunos de sus planteos tales como los sistemas de exclusión que funcionan desde el exterior o desde el interior de los discursos para limitar su producción. Estos sistemas son presentados en su debilidad histórica, es decir como producto de una cultura que ha expulsado otros modos de producción discursiva pero que desde la coacción no puede evitar que sean modificados. No hay que olvidar que esos procedimientos o reglas limitan la producción de los discursos, pero a la vez los producen y permiten sus variaciones. Foucault quiere mostrar que los discursos de Occidente responden a una forma de subjetividad, a una voluntad de verdad que se manifiesta y también recorta desde el discurso mismo. Las reglas de coacción son las que



funcionan, a la vez, como multiplicadoras de discurso, sin ese fondo ninguna modificación, ninguna producción sería posible, “es probable —dice referido a los discursos— que no se pueda dar cuenta de su papel positivo y multiplicador, si no se considera su función restrictiva y coactiva” (Foucault 1971, 38). Apropiarse de las condiciones a partir de las cuales los discursos son producidos es lo que permite modificar las experiencias que ofrecerán nuevos enunciados, de manera similar, podemos afirmar que es en el lenguaje inmovilizado de la obra que la literatura queda fijada, pero a la vez se escapa, rehúye. La literatura deja de serlo en la obra, en la página en blanco, la obra hace señas a la literatura, es su doble (Foucault 2015, 79). Así como hay un orden que limita los discursos y que a la vez los multiplica, la literatura usa un código, pero para no obedecerlo. Es que el lenguaje escapa al discurso, a la representación.

Es innegable que el lugar privilegiado que ocupaba la literatura como lenguaje del afuera en las reflexiones de los años 60 ya no es la misma en el discurso inaugural de 1970, donde sólo aparecen un par de menciones que no nos permiten definir si Foucault ha cambiado del todo su posición o es otra la perspectiva que utiliza. Efectivamente, afirma sin más que la literatura desde hace siglos ha debido inscribirse en la voluntad de verdad occidental buscando amparo en la prueba empírica y que los textos literarios son un comentario tanto como los científicos o jurídicos que buscan conservar y repetir un sentido original. Pero es llamativo que este movimiento del comentario sea vinculado al juego borgeano de la repetición infinita dejando ver que en todo comentario hay un inevitable desfase, desfase que da sentido a la repetición, diferencia de toda repetición. Esta problemática entre literatura y comentario puede pensarse también, tal como lo hace Frédéric Gros en su clásico libro sobre la locura en Foucault, como distancia entre agotar lo ya dicho o repetición hasta la extenuación de una fuente de palabras por decir (Gros 2000, 79).

El alejamiento de la literatura como lugar de cuestionamiento del sujeto moderno obedece a la radicalización del proyecto foucaultiano que ajusta la indagación a partir de los desafíos que su propia reflexión arroja. Proponemos tres problemáticas que pueden tomarse como motivo para que en los años 70 la literatura deje de ser centro de interés para Foucault y que reflejan, al mismo tiempo, lo que buscaba al tomarla como punto de meditación.

1. Los análisis sobre la literatura que forman parte tanto de *Las palabras y las cosas* como de textos periféricos de la misma época, están enmarcados en la relación problemática con el estructuralismo que Foucault intenta sortear de forma cada vez más explícita a finales de los años 70. La literatura que se había convertido en modelo de los alcances del lenguaje, queda inmersa en la cercanía de los análisis estructurales aun cuando estos constituyan para Foucault una fuente de método de trabajo y no un *corpus* de conocimientos adquiridos. El rol privilegiado del lenguaje desde la perspectiva estructuralista y su vínculo con la literatura, queda expresado en el siguiente pasaje de 1969: “Ya que las obras literarias, los mitos, los cuentos populares, etc., están hechos de lenguaje, ya que es la lengua la que sirve de material a todo eso, ¿no podemos encontrar en todas esas obras, estructuras que son similares, análogas, o en todo caso, que pueden describirse a partir de estructuras que podemos encontrar en el

material en sí, es decir en el lenguaje?” (Foucault 2001f, 856). Hay numerosos pasajes como este en los que la cercanía con la búsqueda de estructuras es explícita, pero el mayor desafío de Foucault es sortear los problemas que acarrearán estos supuestos en la tarea de la arqueología pues si bien ésta busca abandonar el sujeto y el determinismo, la noción de episteme cercana a la de estructura que se utiliza para establecer periodizaciones, no permite explicar el ámbito de homogeneidades que fundan esa periodización³. Aunque es claro que Foucault no trabaja con los discursos como sistema de la lengua, sino como acontecimientos (tal como aclara en *La arqueología del saber*), la noción de episteme ligada a la de estructura viene a ocupar el lugar del sujeto que se está cuestionando y es, ante este problema, que Foucault comienza a abandonar las referencias al estructuralismo, y con él a la literatura, para reintroducir la historicidad en los discursos. A pesar de que después de *Las palabras y las cosas* los análisis sobre la literatura y la lingüística sigan estando presentes, cobra cada vez más relevancia la búsqueda de las condiciones históricas de formación de los discursos y la desaparición de la diferencia entre lo discursivo y lo no discursivo tal como queda plasmado en *El orden del discurso*. El interés por el análisis del lenguaje articulado en lo lingüístico y en lo literario propio de la arqueología, se convierte en una perspectiva genealógica que interroga por prácticas en las que se focalizan las relaciones de poder que pueden explicar los desplazamientos históricos.

2. Las particiones que establece la arqueología como gestos constitutivos y que no termina de explicar satisfactoriamente, suman otra problemática que se traslada también a la literatura. El corte entre una episteme y otra plantea una dicotomía que puede verse operar de la misma manera en las oposiciones entre locura-razón, normal-anormal, sano-enfermo y que en el ámbito de los análisis de la literatura podemos asociar con el “afuera” y la “transgresión”. Judith Revel realiza esta asociación entre “afuera” y “episteme” de la siguiente manera:

3.

[...] del mismo modo en que ‘el afuera del pensamiento’, de matriz blanchotiana, ponía a prueba el lenguaje exponiéndolo a su propia desnudez, el afuera de la *episteme* de una época dada no cesará de presionar contra los límites que se le habían fijado. (Revel 2014, 102)

Si bien, como hemos mostrado, con estas nociones Foucault busca desarticular una subjetividad metafísica en la que el lenguaje represente el ser, no dejan de señalar un lugar de oposición para hacerlo. Para evitar estos cortes, en los años 70 Foucault se centra en los desplazamientos de las relaciones de poder que trabaja la genealogía, y a pesar de que en cierta medida persistan las categorías en que las exclusiones, las desviaciones, las anormalidades vienen a ocupar un lugar de atención privilegiada, la noción de resistencia aparece

³ Los cuestionamientos a la arqueología en general y a la noción de episteme en particular, se encuentran recogidos con las respuestas que Foucault da al respecto especialmente en “Respuesta a una cuestión” y en “Sobre la arqueología de las ciencias. Respuesta al Círculo de epistemología” que aparecen como textos 58 y 59 en *Dichos y escritos*.

para mostrar lo inseparable de todo ejercicio de poder respecto a lo que se diferencia. Esta noción permite abrir espacios de lucha sin salir del poder, habilitando transformaciones en su interior mismo.

4- Trabajar en los desplazamientos que llevan de un lado a otro de las dicotomías es una forma de superarlas, otra, también ensayada por Foucault, es la que le ofrecen los relatos periféricos de experiencias límite que aparecen como vidas de hombres infames, así como en casos literarios de esos individuos⁴ que con su escritura pueden habitar afuera sin representar un paradigma, sino una pura singularidad, un acontecimiento (Revel 2014, 112). Sin embargo, este interés por los casos literarios que resultaba fructífero en su momento, dejará de serlo cuando las oposiciones y las irrupciones requieran una explicación más allá de revelar una curiosidad improductiva. La introducción de las relaciones de poder desplazará los análisis literarios por un nuevo motivo: la injerencia política del desbaratamiento de sistemas de exclusión (Revel 2014, 115). Cuestionar los dispositivos disciplinarios supone un trabajo de resistencia política que no aparecía en las singularidades literarias y, si bien en los trabajos de los años 80 que se sumergen en formas de existencia no universales como las de las escuelas neoplatónicas, vemos nuevamente el rescate de formas de vida singular, ahora se realiza a partir de las relaciones de poder que se establecen no sólo consigo mismo, sino con los otros y con el mundo.

Por lo que acabamos de señalar, desde *La arqueología del saber*, los discursos entendidos como prácticas son el verdadero objeto de estudio foucaultiano, el lugar desde el que las subjetividades pueden ser cuestionadas, pensadas y trastocadas, análisis que no puede escindirse del realizado sobre las prácticas sociales en general pues éstas son el lugar donde las subjetividades se manifiestan, construyen y también se modifican. En un tramo del recorrido intelectual foucaultiano la atención está puesta sobre las prácticas discursivas que en nuestra cultura han marcado de forma represiva al sujeto, así en 1982, en el curso que lleva por título *La hermenéutica del sujeto* Foucault dice:

¿Cómo y por qué, y a qué precio, nos hemos comprometido a sostener un discurso verdadero sobre el sujeto, sobre ese sujeto que no somos, porque es el sujeto loco o el sujeto delincuente, ese sujeto que somos en general, porque hablamos, trabajamos, vivimos, ese sujeto, finalmente, que somos directamente para nosotros mismos e individualmente, y esto en el caso particular de la sexualidad? (Foucault 2001g, 243)

Sin embargo, podemos afirmar que en estos análisis no se busca mostrar la carencia de posibilidades de transformación, la intención no es denunciar para rechazar, sino por el

⁴ Este es el motivo por el que Foucault dedica trabajos a Raymond Roussel (1963), a Jean Pierre Brisset (1970) y a Pierre Rivière (1973). En ellos ve de modo ejemplar cómo infinitamente puede decirse otra cosa con las mismas palabras; cómo existe un indefinido murmullo en la multiplicidad sin límite de los enunciados; y cómo los hechos se disipan en el lenguaje que los codifican.

contrario, en la medida en que las formas coercitivas son puestas en el contexto de pluralidad y movilidad de sus condiciones históricas de aparición, su rigidez se disuelve. Foucault lo expresa así:

Todos mis análisis van en contra de la idea de necesidades universales en la existencia humana. Muestran la arbitrariedad de las instituciones y muestran cuál es el espacio de libertad del que todavía podemos disfrutar, y qué cambios pueden todavía realizarse. (Foucault 2008, 144)

En los trabajos de los años 80 las prácticas discursivas ya no son analizadas desde las formas de control ni desde el lenguaje como tal, sino desde la constitución de subjetividades autónomas cumplidas en Occidente que Foucault llama “tecnologías del yo”, un fenómeno destacado en nuestras sociedades desde la antigua época griega y romana y en parte del cristianismo, y que no coincide con el sujeto moderno, a pesar de que algunas de estas técnicas han permanecido en todas las épocas. En estas prácticas nuevamente los protagonistas son los discursos, los llamados “discursos verdaderos”, mecanismos de cuidado de sí, de trabajo de sí sobre sí mismo por los que es posible que los sujetos se diferencien de formas fijadas de existencia. Podemos decir entonces que, a pesar de las diferencias ya establecidas, lo que en la analítica del poder de los años 70 se despliega como “resistencia”, había aparecido ya en las reflexiones sobre la literatura como “transgresión” y “afuera” (expresiones tomadas de Bataille y Blanchot) y encuentra una nueva torsión en los años 80 a partir del estudio de las prácticas de existencia. En todos estos casos se trata de pensar cómo es posible a través de los mismos discursos poner en cuestión aquellos que objetivan, normalizan, universalizan, ya sea desde el trabajo sobre sí, desde la deconfiguración de los dispositivos de poder, o desde lo azaroso de circunstancias individuales como la locura, la enfermedad, el delito, lo trágico y la literatura.

Foucault utiliza términos negativos como “resistencia”, “transgresión”, “afuera”, quizás para señalar cómo estas tecnologías de singularización se desarrollan a partir de lo mismo que cuestionan y encuentran una posibilidad allí donde sólo podrían haberse integrado a lo normal. Las llamadas “tecnologías del yo” o la experiencia de la literatura pueden, sin embargo, ser formas afirmativas de indicar estas estrategias de elaboración de las existencias, aunque es posible que una mirada energética del poder como la de Foucault, no pueda pensarse más que a partir de lo relacional y que por esto, hacer una contra-historia sea la manera de poner de manifiesto cómo desde producciones discursivas de resistencia han surgido vidas singulares y, a veces, grandes desviaciones en el curso de la historia. Lejos queda el gesto de oponer oprimidos y opresores o de darle voz a unos sobre otros, por lo contrario, se trata del lugar que tiene lo minúsculo, ya sea en sí mismo, o en la inmensidad de la que se diferencia.



5. A modo de conclusión

Foucault se ocupa en los años 80 de analizar la multiplicidad de técnicas de sí que aparecen en textos de la antigüedad grecorromana, técnicas que tenían por objeto constituir sujetos dueños de sí mismos ya sea para ejercer el gobierno de la ciudad o para llegar a ser éticamente autónomos desde una existencia libremente forjada y construida individualmente. Más allá de los desplazamientos de estas técnicas y de los matices que adquieren en diferentes épocas y autores, puede verse que en muchas de ellas se destaca el uso del lenguaje. Podríamos afirmar que los discursos verdaderos que Foucault aborda reiteradas veces desde el “decir veraz” o *parrhesía*, se constituyen en modelo de otras formas de discursos por los que los individuos se modelan como verdaderos. A pesar de los diferentes significados que adopta en los textos que se analizan, podemos rescatar esta afirmación de la clase del 10 de marzo de 1982: “El fondo de la *parrhesía* es, creo, esa *adequatío* entre el sujeto que habla y que dice la verdad y el sujeto que se dirige como lo quiere esa verdad” (Foucault 2001g, 388).

Diferentes técnicas ascéticas que utilizan discursos se integran a este decir veraz mostrándonos que hay usos del lenguaje identificados con la ética entendida como dominio de sí o como manifestación verdadera del sujeto en su individualidad. Mencionamos algunos pasajes para ejemplificar: en la memorización de sentencias y proposiciones (*logos*),

Es necesario, en este momento en que el *logos* se haya convertido en el sujeto mismo de la acción, que el sujeto mismo de la acción se haya convertido en *logos* que, sin tener si quiera que volver a cantar la frase, sin tener siquiera que pronunciarla, actúe como hay que actuar. (Foucault 2001g, 312)

De la misma manera prácticas que conciernen a la escucha, a la lectura, a la escritura, al habla (Foucault 2001g, 317), serán momentos de la subjetivación como decir veraz. Entre ellas, la dirección de conciencia (Foucault 2012, 224) y la escritura de memorias (Foucault 2017, 410) pueden contarse como prácticas por las que los individuos ejercen el cuidado de sí mediante formas discursivas. Es fundamental ver que, al cuestionar las prácticas de sí, se hace especial referencia a que no se trata de mecanismos universales, generalizados ni realizados por la mayoría de los sujetos. Al contrario, son prácticas que encontraron su lugar dentro de instituciones médicas, religiosas, políticas y pedagógicas, pero como excepción, a veces posibilitadas por un privilegio de clase, y otras accesibles a todos los individuos, aunque no efectivamente realizadas por la mayoría. Algunas de estas prácticas llegaron a convertirse en obligatorias cuando se institucionalizaron tanto en la iglesia cristiana como en lo que Foucault llama “biopoder” dando lugar a diferentes formas de control sobre los individuos y las poblaciones y que, por eso, en lugar de forjar éticas autónomas, establecieron y administraron formas únicas de acceso a la verdad.

Las tecnologías del sujeto, objeto de las reflexiones del Foucault de la década de los 80, claramente nos muestran el trabajo de sí sobre sí que constituye a un sujeto dueño de sí mismo. Sin embargo, creemos que a pesar de que la literatura y las subjetividades excluidas en la cultura occidental como la locura, la enfermedad, la delincuencia, la homosexualidad,

no puedan entenderse como prácticas ascéticas, sí pueden ser pensadas como prácticas que jaquean la esencia del hombre moderno de la antropología. En la misma dirección que proponemos en este trabajo, Natividad Garrido Rodríguez encuentra una actitud de rebeldía en el vínculo entre filosofía y literatura moderna, y en todo el arte moderno como oposición a las normas consensuadas por la cultura. La resistencia aparece en la escritura literaria como libertad, “así, la literatura se rebela como un espacio estratégico que permite mostrar cómo otra relación con la moral, con la ética y con la política es posible” (Garrido Rodríguez 2020, 175).

Si pensar el sujeto para dislocarlo ha sido el desafío siempre presente en Foucault, el lenguaje ha sido su aliado incondicional. Indagar sobre las prácticas de sí es un recurso más para reflexionar lo que los análisis de las prácticas coercitivas dejaban ya ver en su fragilidad histórica y lo que la literatura había permitido experimentar en los primeros cuestionamientos de Foucault. Lo que fue la literatura en las reflexiones de los años 60, reaparece como estudio de prácticas ascéticas de autoconstitución, dispersión, desdoblamiento, creación de subjetividades. En sentido amplio, podríamos afirmar: la literatura como disolución del sujeto moderno, como contraconducta, como ascetismo, como ética, la literatura como práctica de sí.

Referencias bibliográficas

- Aguilar Salinas, M. (2017). La práctica de la escritura en Foucault. Literatura, locura, muerte y práctica de sí. *Dorsal. Revista de estudios foucaultianos*, 2, 219-244. <https://doi.org/10.5281/zenodo.804766>
- Deleuze, G. (1987). *Foucault*. Buenos Aires: Paidós.
- Dreyfus, H., Rabinow, P. (2001). *Michel Foucault: más allá del estructuralismo y la hermenéutica*. Buenos Aires: Monte Hermoso.
- Foucault, M. (1969). *L'archéologie du savoir*. Paris: Gallimard.
- Foucault, M. (2001d). La folie, l'absence d'oeuvre. En *Dits et écrits 1*. Paris: Gallimard.
- Foucault, M. (2012). *Du gouvernement des vivants. Cours au Collège de France. 1979-1980*. Paris: Gallimard.
- Foucault, M. (2001g). *L'Herméneutique du sujet: Cours au Collège de France. 1981-1982*. Paris: Gallimard.
- Foucault, M. (2015). El lenguaje de la locura. En *La gran extranjera*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Foucault, M. (1966). *Les mots et les choses*. Paris: Gallimard.
- Foucault, M. (1971). *L'ordre du discours*. Paris: Gallimard.
- Foucault, M. (2001c). La pensée du dehors. En *Dits et écrits 1*. Paris: Gallimard.
- Foucault, M. (2001f). Lingüística y ciencias sociales. En *Dits et écrits 1*. Paris: Gallimard.
- Foucault, M. (2001e). La prose d'Actéon. En *Dits et écrits 1*. Paris: Gallimard.



- Foucault, M. (2001b). Qu'est-ce qu'un auteur? En *Dits et écrits 1*. Paris: Gallimard.
- Foucault, M. (2017). Sobre la genealogía de la ética. En H. Dreyfus y P. Rabinow, *Michel Foucault: más allá del estructuralismo y la hermenéutica* (pp. 261-286). Buenos Aires: Monte Hermoso.
- Foucault, M. (2001a). Le sujet et le pouvoir. En *Dits et écrits 2*. Paris: Gallimard.
- Foucault, M. (2008). Verdad individuo y poder. En *Tecnologías del yo*. Buenos Aires: Paidós.
- Gabilondo, Á. (1996). Introducción. En M. Foucault, *De lenguaje y literatura*, Foucault. Barcelona: Paidós.
- Garrido Rodríguez, N. (2020). Foucault y Genet. Ética, escritura y subjetividad. *Theory now*, 3(1), 174-186. <https://doi.org/10.30827/TNJ.v3i1.11267>
- Gros, F. (2000). *Foucault y la locura*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Jordana Lluch, E. (2013). Foucault, la escritura como experiencia de transformación. *Lo sguardo*, 11, 199-211.
- López, B. (2020). Lenguaje y subjetividad (una lectura teórico-metodológico-vital de Foucault). *Andamios*, 17(44), 61-83. <https://doi.org/10.29092/uacm.v17i44.790>
- Revel, J. (2014). *Foucault, un pensamiento de lo discontinuo*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Sabot, P. (2007). *Para leer las palabras y las cosas*. Buenos Aires: Nueva Visión.